

**ILIKA**  
**La voz**  
**del destino**

**Zoe Ghlais**

Primera edición.

ILIKA. La voz del destino.

© 2022, Zoe Ghlais.

© Libros y literatura SL.

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Maribel Abad.

© Maquetación: Marta Fernández.

© Ilustraciones y diseño de portada: Emma López Segovia.

© Ilustración de mapa: Andrés Aguirre Jurado.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-125372-6-0

Depósito Legal: A 317- 2022

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

*A mi padre, a mi madre y a mi hermana, por potenciar siempre  
mis mundos de fantasía.*

*A Connor, por priorizarme para que pudiese cumplir este sueño.*

*A mis lectores cero y, sobre todo, a los menos cero, que hicieron  
que esta historia llegase a su fin. A Mentxu, por creer en esta historia  
antes que yo. A Emma y a Sam,  
por su trabajo y su paciencia. A todos aquellos  
que de alguna manera han participado  
en este viaje hacia Ilika.*

*Y, sobre todo, gracias a ti por darme esta oportunidad.*



# ILKA





**BRAIS**, druida de Heimurinn. Perseverante y con un gran espíritu de superación. Siempre acompañado por su fiel compañera canina, Hela, hará lo que sea necesario con tal de cumplir la misión para la que se ha estado preparando toda su vida.

**YIVA**, guerrera einar del reino de Calder, nacida de la batalla. Fuerte y decidida. Al no tener derecho a nada, luchar por vivir un día más junto a los suyos es su única motivación. Su lema, «Por y para nuestra manada».





**P**UA, habitante de las Islas de Honua. Obediente y leal. Ha dedicado su vida a aceptar su destino y a entender los sacrificios que conlleva. Ha aprendido todo lo que se puede estudiar de los druidas sin magia y siempre ha creído en su maestro y en Ilika.

**D**ONIA, jinete del mar. Aventurera y testaruda. Navegar, robar y comerciar fuera de la ley le da la libertad que tanto disfruta y no está dispuesta a cambiarlo por nada. Su capitán le ofrece la familia que siempre le ha faltado y el apoyo que necesita.









*Todo nace y vive, todo muere y renace. Al principio todo crece y prospera, pero la avaricia atraerá el dolor, la enfermedad y el sufrimiento. El mundo está vivo y nosotros lo dañamos, lo perturbamos y lo afligimos... Nuestro mundo es honrado y traerá pureza y esperanza para que el nacimiento sea posible... Cuando el día sea noche llegarán tres lunas y cuando la noche marque un día volveremos a renacer...*



1



BRAIS

Había llegado el día, la fecha tan esperada: la profecía debía hacerse realidad y yo era el elegido para cumplirla. Eso era lo que me repetía una y otra vez mientras daba vueltas por mi morada, más desordenada que de costumbre; una túnica por aquí, otra por allá... Hela ya no sabía por dónde caminar y, menos aún, cómo buscar un lugar en el que acomodarse; ya le había pisado el rabo al menos tres veces al pobre chucho. Cuando me pareció que estaba listo, me dirigí a la entrada. Allí estaba Alanis, esperándome en la puerta de la casa de los druidas.

La joven, de cara angelical y melena dorada —casi platina—, parecía nerviosa. Qué curioso, ella nunca lo estaba; siempre sabía la respuesta a todo y se anticipaba a cualquier suceso. Me vio ahí plantado, se acercó a las escaleras desde donde la observaba y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Y bien? —dije mirándola a los ojos—. Quizá es demasiado, ¿no? —Me había afeitado la cabeza, dejándome solamente una franja central un poco más corta.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Pareces el gallo del gallinero! —exclamó la muchacha intentando que no se le escapara la risa—. Entra. Vamos a solucionar ese desastre.

Me empujó hacia dentro de nuevo. ¡Qué vergüenza! No esperaba visitas y tenía la habitación patas arriba; incluso aún quedaban restos de mi melena en el suelo. Menudo mal trago.

Sin embargo, ella parecía no fijarse o no sorprenderse. Fue directa hacia el baño, buscó y rebuscó hasta encontrar una navaja de afeitar, me sentó en un taburete y me plantó justo enfrente un espejo viejo medio oxidado que tenía por ahí.

—Así puedes supervisar lo que voy a hacer, aunque no será peor de lo que hayas intentado tú. ¿En qué estabas pensando? Es el día de entrega, no te vas a unir a los salvajes de Calder —rio mientras me observaba la cabeza como si se tratara de una escultura por tallar.

Comenzó a perfilar los lados, cortó el largo de la cresta con las tijeras que había dejado en la cómoda y siguió hasta casi llegar a ras de la piel. Yo esperaba que no me afeitara del todo. Me hubiese recordado demasiado a mi padre o incluso a mi abuelo, que ya no estaba entre nosotros, porque teníamos la cabeza con la misma forma apepinada. Cuando se puso manos a la obra, decidí dejar el espejo y confiar en ella.

Al terminar, miré mi reflejo y me quedé boquiabierto: había transformado mi cresta de pollo oxigenada y desaliñada en un buen corte. Me hacía más serio y digno de un día de entrega.

—Estás nervioso, ¿verdad? —me dijo a través del reflejo.

—¿Tanto se nota? —reconocí mientras me ponía en pie y recogía la toga del suelo.

—No deberías estarlo. Llevas preparándote para esto desde que naciste; lo has sacrificado todo por la causa de la salvadora, literalmente. ¿No quieres que acabe ya, Brais? Después de esto ya podrás vivir por ti mismo y dedicarte a lo que de verdad te gusta: la alquimia.

Siempre se preocupaba por mí. Así era Alanis. A veces parecía que ella conocía mejor que yo mis propios pensamientos.

—Deberías estar emocionado por que esto termine. —Su tono de indignación me provocaba entre ternura y lástima. Yo tenía mi causa, pero, en más ocasiones de las que me gustaría admitir, yo parecía la suya. No sé qué hubiera hecho todos estos años sin su apoyo.

—Cuando esto acabe, ¿eres tú quién no sé qué hará! —bromeé entre carcajadas—. Quizá deberíamos inventarnos otra causa por la que vivir y tener una buena meta, algo interesante.

—Yo ya tengo un plan. Sabes que siempre lo he tenido —dijo mientras salíamos de camino al templo.

—¿Sigues soñando en llegar a las islas Indemnes? —pregunté un poco incrédulo.

—No sé cómo sigues dudando de mí de esa manera. Llegaré y me aceptará, pero primero debo recibir mi vara y ser digna de ella. Pero hoy no hablemos más de mí. Hoy es tu día.

Cierto: llevaba esperándolo desde hacía veintidós años. Al final todo ese tiempo había pasado en un suspiro, aunque lleno de varazos y noches en vela estudiando mis errores, repasando lecciones, leyendo transcripciones y practicando hechizos. Pero aquel día, por fin, ya era digno.

Ya preparados, nos dirigimos a la entrada principal del templo mayor. Mis amigas solo podían acompañarme hasta allí; Alanis aún no era una druidesa y Hela no deja de ser mi perra, por mucho que yo la considere mi fiel compañera.

Me despedí de ellas y crucé la puerta. Una vez dentro, mis ojos se maravillaron de la simplicidad del lugar. Todo era de un blanco impoluto, acompañado del verde de las plantas y del colo-

rido de algunas pequeñas flores. La vegetación se concentraba en pequeños jardines circulares repartidos por el edificio, que a su vez formaban un pasillo que indicaba claramente a dónde tenía que dirigirme. Se oía el rumor del agua, pero no se veía de dónde procedía. Debía de ser algún truco o efecto de los maestros para fomentar el ambiente naturalístico de la ceremonia.

Cuando llegué al punto de reunión, vi a mis padres y a todos los maestros alrededor de la roca blanca. Aquel era el espacio más sagrado de Heimurinn, lugar de congregación de los altos druidas y origen de las profecías de los continentes. Durante mis años de preparación, estos sacerdotes habían sido los encargados de formarme en alquimia, astronomía, geografía y todo lo concerniente a la naturaleza, incluida su magia.

Los maestros vestían su túnica de alto druida y dejaban su marca a la vista, que indicaba el círculo sagrado al que pertenecían. Estas señales me recordaban a algunos símbolos de los muchos manuscritos antiguos que tantas veces había estudiado, y aparecían en tu cuerpo cuando te nombraban alto druida.

Durante las ceremonias sagradas, las marcas se iluminaban con tal intensidad que quemaban la piel de sus portadores.

Los más ancianos ya soportaban el dolor sin inmutarse, mientras que el mocerío torcía el gesto, pero siempre con admirable disciplina; sorprendía su tolerancia a la tortura, para la que durante tantos años se habían preparado y que con tanto orgullo esperaban. Cada vez que se unían alrededor de la roca blanca y las marcas rituales brillaban, algunos de los afortunados que recibían su nombramiento tenían el privilegio o el don de ver las profecías y de conocer su propio sino. Los altos druidas eran los encargados de guiar y hacer cumplir el propósito que se nos

entregaba en ese destino. En aquella ocasión se trataría del mío y, en consecuencia, del de mi hermana.

Muchos años antes, la encargada de ser la profetisa de nuestro destino fue madre, conocida como la alta druida Cinnia. La marca que le dejó aquella profecía fue de lo más profunda. Padre decía que nunca había visto nada igual, ya que las marcas nunca producen sangrado, y esta lo hizo. Creen que fue por la seriedad de su mensaje.

Cuando estuve ante los presentes en la sala, estos formaron un pasadizo; mis padres me esperaban al final. Me dirigí hacia ellos y me guiaron hasta una sala que atesoraba un ataúd transparente. Allí dormía Moira, mi hermana. No la veía desde hacía años. Había crecido y tenía el pelo rojizo mucho más largo; supuse que madre se había ocupado de mantenerla arreglada y limpia. Era increíble que llevara dieciocho años tumbada; parecía que justo se acabara de echar a descansar. Cuando miré alrededor, me di cuenta de que toda la sala era de vidrio, incluso el suelo. Rodeaban el ataúd un montón de minerales, cuyo fulgor era tan intenso que no podía mirarlos más de unos segundos. Esa combinación de cristales, que ayudaba a Moira a crecer como si llevase una vida normal, era, aparte de inusual, de lo más complicada, y hacerlos reaccionar como lo hacían requería del poder de un alto druida experimentado.

—Aquí la tienes —dijo padre con tono muy serio.

Para él, ser el alto druida supremo de Heimurinn era un cargo que no solo le exigía soportar la presión de todos los continentes que apoyaban a la Ciudadela, sino que también debía sufrir a los druidas opositores, los dorcha, que usaban las magias alternativas como origen de su poder, como la de Goecia, una magia muy voluble y difícil de manejar. Estos dignatarios eran los que, según padre, habían persuadido a reyes y reinas para hacerlos

creer que los miembros fieles a la Ciudadela queríamos destruir sus reinos utilizando el poder que Moira trajo consigo al nacer. El nacimiento de mi hermana marcó un antes y un después en los continentes, pues con él llegó la profecía de madre y, en consecuencia, mi preparación. Yo no recordaba haber visto a Moira más que unos minutos después de que naciese. Fue una bebé sana e indefensa que, tras su primer llanto, se echó a dormir durante años.

—Sé que es ella. Siento nuestro vínculo fraternal, pero no la reconozco —contesté, triste.

—Lo sé, pero lo harás. Tu hermana debe despertar. El momento cada vez está más cerca, y sabes que formará parte de tu destino, Brais —me tranquilizó madre, tan dulce como siempre. Padre, sin embargo, se mantenía serio: siempre anteponeía el deber.

—Sí, madre. Pero ¿y si al final no soy yo el elegido? ¿Y si no soy digno?

Era una duda que siempre me había rondado por la cabeza. Madre me cogió del mentón, me hizo alzar la mirada y dijo:

—Confía.

Después se separó de mí y nos dimos la vuelta. Volvimos a la cámara de la roca blanca: había llegado el momento de mi entrega.

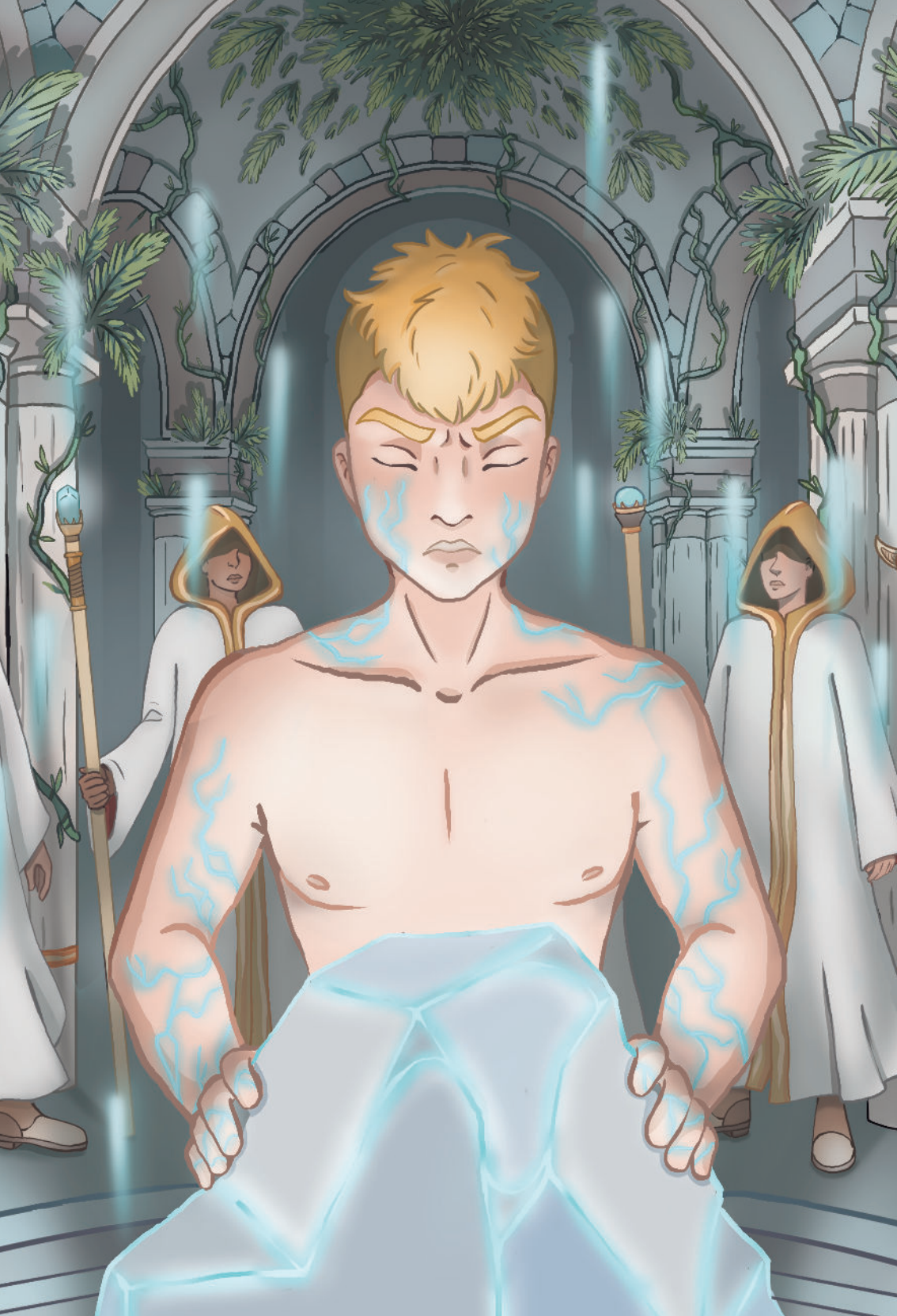
Todos los presentes se habían colocado en círculo alrededor de la piedra, con la vara en el suelo y apuntando hacia el centro. Padre me condujo hasta el medio de aquella congregación y me quitó la túnica, dejándome el torso al descubierto.

—Debes colocar las manos en la roca y abrir la mente, Brais. Absorbe el poder de la tierra, siente su naturaleza y abraza tu destino. Demuestra que eres digno de escuchar el mensaje que la tierra tiene para ti. Adelante. —Obedecí sin titubear. Debía aceptar mi destino, mi misión, fuera cual fuera.



Cuando palpé la superficie rocosa, empezaron a brillar las marcas del resto de los druidas allí presentes, seguidas de los minerales de su bastón y, finalmente, la piedra blanca, que resplandecía con más fuerza a cada segundo. Por mucho que quisiera, ya no era capaz de apartar las manos, y el poder que sentía entrar en mí era cada vez mayor. El pecho me empezó a arder, pero era capaz de soportarlo; estaba preparado para ello. Sin embargo, cuando el calor intenso comenzó a subirme por la espalda, el dolor era tal que no sabía con qué compararlo.

Se deslizaba por el cuello hasta llegar a los ojos, donde tuve la sensación de que se me deshacían las córneas. En ese momento no pude tolerarlo más y empecé a gritar. Grité tan fuerte que se me desgarraron las cuerdas vocales, pero entonces fue cuando lo vi. Vi mi destino.



## 2



### YLVA

Calder era un lugar en el que vivir suponía cada día un acto de superación; solo los realmente fuertes lo lograban o aquellos bendecidos por una insólita clemencia, que eran muy pocos.

Era un reino de guerreros, escuderos y herreros; mujeres y hombres que vivían por y para el combate. Los tiempos de paz llegaban acompañados de codicia y, cuando saciábamos ese sentimiento, regresaban las batallas. Éramos una comunidad que perdía a muchos de sus miembros, pero los que convertíamos en enemigos siempre perdían más.

Mi hogar formaba parte de las aldeas de saqueadores, ladrones y asesinos expertos. La mayoría lo veíamos como un deber; otros, desgraciadamente, como un gusto.

En nuestro caso, las intenciones no eran lo que contaba; importaban los resultados, y en lo que hacíamos éramos insuperables. Nuestro compromiso era para con Egil, jefe, soberano y rey para algunos. Para los que sufrían su sed de sangre, era el conductor del horror, del miedo y del caos.

Sin embargo, de cualquier atrocidad, del acto más horrible, siempre podía nacer algo maravilloso, o así era como nos veían nuestros líderes a muchos de nosotros. Éramos la consecuencia

de esas contiendas y saqueos. Al fin y al cabo, descendíamos de toda esa hostilidad.

Durante nuestros atracos, parte del botín eran esclavos que utilizábamos para comerciar y esclavas que servían en burdeles y tabernas. Muchas de ellas estaban embarazadas, a veces como consecuencia de algún encuentro con guerreros de Calder.

Birger, Asta, Brenna, Endre y yo, Ylva. Mi manada. Todos éramos huérfanos olvidados o soldados desde la cuna. Nos llamaban einars, guerreros nacidos de la batalla y destinados a ella.

El reino de Calder vivía —y sobrevivía— por nosotros. Éramos parte del ejército clandestino del continente de Midgardr. Nuestra aldea einar era la más numerosa; de ella salían los luchadores del resto de los asentamientos repartidos por el continente. Los reinos aliados nos contrataban a nosotros o a otras aldeas de einars dispersadas por el territorio para aumentar sus riquezas y conquistas, proteger sus posesiones y someter a pueblos y ciudades independientes. De todo ello, el soberano rey de Calder siempre se llevaba una buena comisión.

Los einars no teníamos derecho a nada; tan solo los verdaderos pobladores de los reinos podían poseer casas o terrenos. Lo único que teníamos eran misiones que cumplir; la única ley que seguíamos era la implantada por Egil o, en ocasiones, la del mejor pagador; nuestra única motivación era luchar y sobrevivir otro día más.

La aldea einar de la que yo procedía llevaba años cumpliendo exclusivamente las órdenes de saqueo de Egil. Cuando era una misión demasiado arriesgada o poco moral para su ejército, enviaba a los que estábamos entrenados para no sentir ni pena ni arrepentimiento. A cambio, a nuestra comunidad no le faltaba de nada.

Hertha, demasiado mayor para combatir, pero sabia y experimentada para criarnos y educarnos en nuestro propósito, era lo que se conocía como una lita, las que cuidaban de las manadas de einars. Lo más cercano a una madre que teníamos.

Un día más, una batalla tras otra, una nueva guerra... De eso hablaban los cuentos que nos contaban las litas antes de ir a dormir. Nos criaban juntos, aprendíamos juntos e, incluso, de vez en cuando moríamos juntos.

Cada mañana era lo mismo. Hertha entraba en los barracones de nuestra manada y nos despertaba con sus canciones, que solían ser cuentos y leyendas de ancestrales soldados y reyes, de mundos antiguos y lejanos; supongo que algunos eran reales y otros quizá no tanto.

Sin embargo, aquella mañana Hertha parecía un poco diferente a lo normal. No cantaba ni silbaba, como si no tuviese ganas de despertarnos.

—Chicas, venga, poneos la ropa menos resquebrajada que tengáis. Os quiero fuera. ¡Rápido! —dijo con la voz rota.

—¿Qué sucede, Hertha? —preguntó Brenna aún soñolienta, natural en ella por la mañana.

Demasiado raro se notaba el ambiente como para no darnos cuenta de que algo pasaba.

Hertha lucía un traje al que no nos tenía acostumbrados. Pocas veces la veíamos con un vestido largo hasta los pies que no dejase ver sus botas de campo. Era de color granate, como su vino favorito, y llevaba atado a la cintura un cinto del que colgaban varios cuchillos. Su pelo largo, para nuestra sorpresa, no lo llevaba recogido. Había dejado que le cayese sobre la cara para tapar una cicatriz de las muchas que tenía, aunque esa era la única cuya historia no conocíamos. Le atravesaba la mejilla izquierda desde el rabillo del ojo hasta debajo del mentón.

—¡Hertha! No nos engañas. —Como de costumbre, Asta se tomaba demasiadas confianzas, pero nadie hacía caso de sus comentarios sarcásticos.

—¿Recordáis la ceremonia de unión a batalla?

Qué recuerdos. La ceremonia de unión a batalla fue uno de los momentos más emocionantes y anhelados. En ese acto, los einars jurábamos luchar hasta el fin de nuestras fuerzas en cada una de las batallas que vendrían. Nos asignaban una manada; por suerte, a nosotros nos mantuvieron unidos. Aunque las formalidades y la elegancia siempre me han incomodado, fue un momento inolvidable en el que realmente sentí que formaba parte de algo.

—¡Os quiero listas y fuera! Sin más preguntas. ¡Venga!

Hertha cada vez se desesperaba más, y nunca era buena idea darle motivos para que se enfadara. La última vez que Endre, nuestro lobo solitario, se tomó sus órdenes a la ligera, estuvo cavando junto a los esclavos de Colborn tres días, y os aseguro que no había peor castigo para Endre que enviarlo a trabajar la tierra y apartarlo de su hacha.

Al final nos dispusimos a arreglarnos sin saber para qué.

Brenna, como siempre, se negaba a ponerse su vestido de ceremonia. No le faltaba razón: decía que era muy incómodo a la hora de luchar y siempre se excusaba con la máxima «La batalla nunca espera a que nos quitemos las faldas». Así que se puso sus pantalones oscuros menos agujereados, se limpió las botas y me pidió ayuda para atarse el corsé encima de la camisa. Tuvo el detalle de recogerse el pelo en una trenza y maquillarse con los símbolos de guerra, es decir, los símbolos que nuestra aldea dibujaba para protegerse en la batalla.

Asta era otra cosa. Nunca había podido comprender cómo lograba estar perfecta en todo momento. Su belleza era de lo más inusual y embriagadora, cosa que, en muchas ocasiones, usaba a

su favor. Siempre que la miraba me venían a la mente las náyades o las dríades de las leyendas; seguro que eran tan magníficas como ella. Incluso de pequeña, Asta se inventaba historias sobre ello y decía que era una mestiza, hija de un ser del bosque. Ella sí que sacó su traje de ceremonia de batalla, un vestido azul oscuro con ribete dorado en las mangas y en el cuello. No se recogió la melena negra y lisa: la dejó suelta y —como era habitual en ella— solo se apartó los mechones de la frente para que no la molestasen al disparar las flechas. Su vista era más que excelente y su destreza con el arco, impresionante; siempre lo llevaba a la espalda en un estuche de cuero junto con un carcaj.

Yo, por otro lado, no sabía qué hacer. Nunca sabía qué ponerme; ni tan siquiera arreglarme el cabello estaba entre mis fuertes. Era una guerrera nata: desde bien pequeña me metía en peleas, incluso sabiendo que iba a perder. Pero mi lema era que se aprendía algo de cada batalla, ya fuese grande o pequeña, y que cada puñetazo, corte y —sobre todo— cicatriz dejaría huella en mí. Por eso, arreglarme para las ceremonias en las que no iba a haber peleas no era que no me gustara: me daba pereza. Me limitaba a obedecer a Asta y Hertha.

Para mi ceremonia de batalla, Hertha me preparó un traje con un abrigo de pelo largo que se ataba a la altura de la cintura y un pantalón de cuero en el que sujetaba mis pequeñas hachas y un cuchillo de refuerzo. Aquel día, Asta me recogió el pelo con varias trenzas que acababan en una más gruesa, y desde entonces siempre lo llevaba así. Al final aprendí a hacérmelo yo misma. En lo único que ayudaba siempre a Asta era con los símbolos de batalla, ya que siempre se me había dado bien dibujar.

Por lo tanto, si Hertha pedía que nos vistiéramos como en la ceremonia, no iba a ser yo quien la desobedeciera. Una vez preparadas, salimos a la plaza principal, que se encontraba detrás



de los barracones donde dormíamos. Birger ya estaba allí con Hertha, y muchos de los otros einars ya andaban por la zona. Me acerqué a los gemelos. Hillevi siempre se enteraba de todo y quizá nos explicaría qué estaba ocurriendo.

—¿Sabes qué pasa? Hertha no nos ha querido decir nada.

Mientras le preguntaba, iba analizando todo lo que sucedía a mi alrededor. Cualquiera diría que la aldea estaba de celebración: todos llevaban sus mejores galas, los hornos de los herreros no sacaban humo e incluso los esclavos parecían más limpios. Pero ¿por qué?

—Egil viene a hablar con los jefes. Para ser tu padre, te tiene muy poco informada.

Me quedé paralizada y un nudo me estrujó el estómago. Hacía unos diez años que no lo veía: contadas veces venía el mismísimo rey a hacer entrega de sus misiones.

Su última visita fue de lo más gratificante. Se acercó a mí en el comedor de ceremonias, me sacó al patio de entrenamientos y me puso a prueba. Me pegó una paliza delante de todos, básicamente. Aun así, como siempre digo, aprendí de cada puñetazo, incluso de mi nariz rota... Cuando me dejó sangrando en el suelo, se inclinó hacia mí y me susurró: «Eres la única de mis bastardos que sigue viva, pero, por lo que veo, me temo que no gozarás de ese honor durante mucho tiempo». Su tono de desprecio se me quedó grabado en la mente.

De pronto, recordando la única lección que mi padre me había dado, noté un empujón por la espalda.

—¿Qué sucede, Ylva? —Era Endre. No sé por qué siempre estaba ahí, preparado para apoyarme en cualquier momento. Él nunca contaba con nadie, pero yo siempre podía contar con él.

—Sabes por quién han montado todo esto, ¿no?

Se había recogido el pelo en una coleta trenzada que dejaba a



la vista los símbolos tatuados en el cráneo y se había puesto un chaquetón de pelo de oso pardo. Llevaba su hacha y el maquillaje de batalla. Con ese maquillaje siempre me daba cuenta de lo azules que tenía los ojos.

—Egil... —suspiró—. ¿Estás bien?

Me cogió la mano mientras me observaba fijamente. No me dejaba desviar la mirada hacia otro lado.

—Sí. No entiendo por qué me sigue afectando. No soy su hija, no soy ciudadana de Calder: soy una einar y no tengo ni padre ni derechos. —Aunque pronunciara esas palabras, no me las acababa de creer.

Sabía que Endre tampoco, así que me agarró la mano con más fuerza y me arrastró hasta la plaza.

Cuando por fin llegamos, Gulbrand, nuestro alfa, estaba en el centro de la entrada que daba a la sala del consejo, rodeado de sus mejores hombres y mujeres, Hertha entre ellos.

De repente, algunos de los guerreros empezaron a golpear su escudo y a distribuirse a los lados abriendo camino. El sonido de los impactos fue sincronizándose y comenzaron a corear el mismo nombre todos a una: «¡E-GIL! ¡E-GIL!».

Yo, sintiéndolo mucho —bueno, en realidad no—, no iba a unirme a esa ovación. Endre me miró de forma desafiante para que al menos me uniera golpeando mi escudo y demostrara que no le daba importancia. Hertha nos observaba desde la fila principal y me lanzó una mirada cómplice y lo que parecía una sonrisa.

Ahí venía. El sonido de las tropas del rey Egil se acercaba y todos se mostraban orgullosos de su visita, pero nadie sabía cuál era la razón. Cuanto más se aproximaba, más se me revolvía el

estómago; de hecho, cuando el monarca llegó a mi altura, no fui capaz ni de mirarlo, pero Brenna me dio un codazo y me susurró:

—Nunca bajes la cabeza. No muestres tu debilidad.

Cuando alcé la vista al frente, vi a la tropa de hombres y mujeres de Calder precedida por su rey. Mi padre me miró, pero diría que ni tan siquiera me reconoció.

Gulbrand lo saludó primero con una reverencia y luego lo hizo el resto. Después de todas las formalidades, el hombre de Egil (su portavoz, por lo que parecía) se situó en el centro y pronunció un discurso dirigiéndose a nosotros:

—¡Gracias por recibirnos! El rey Egil os lo agradece. No podríamos estar más orgullosos de vosotros, nuestros más feroces guerreros y escuderos. Os preguntaréis por qué estamos aquí hoy. Venimos a que os suméis a nuestra próxima cruzada.

El silencio inundó la plaza. Nunca venían en persona a reclutar guerreros, pues solían mandar a un mensajero o representante, y nosotros nos movíamos con nuestra manada según la decisión que tomaran Gulbrand y sus consejeros.

Las misiones que nos asignaban dependían siempre de la magnitud del saqueo. Obviamente había una jerarquía establecida: las manadas que llamábamos arcaicas escogían qué batallas y saqueos llevaban a cabo. Después estaban las anodinas, que estaban obligadas a ir a todo sin quejarse; las seguía nuestra categoría, la de los einars núbiles, a quienes nos tocaba luchar como refuerzo de las manadas anodinas, y, por último, estaban los einars que denominábamos pueriles. A estos, que eran los miembros de más temprana edad, los adoptaban otras manadas durante las ceremonias de unión a batalla cuando los veían preparados o bien cuando una manada empezaba a quedarse sin miembros, como fue nuestro caso con la de Hertha.

Llegó el momento de escuchar a Egil, que se desplazó al frente. Siempre había creído que su cara transmitía mucha serenidad; diría incluso que, detrás de la cicatriz que le cruzaba el rostro y le atravesaba el ojo derecho, a veces asomaba un poco de ternura.

—Como ya sabéis, tenéis una misión: servir al reino de Calder, y el reino de Calder requiere vuestros servicios para formar parte del ejército de los reinos aliados.

La tensión empezó a propagarse entre nosotros. Las guerras y batallas solían ser entre los reinos vecinos que se negaban a someterse a la hermandad de aliados de Midgardr e, incluso, contra alguna villa rebelde que causaba altercados al intentar saquear las minas o al traficar por los puertos.

—La reunión con todos los guerreros y aliados será en el reino de Tara, y hemos venido personalmente hasta aquí para llevaros a todos, sin excepción. Vais a tener el honor de formar parte del gran ejército de Midgardr.

Es decir, todos y cada uno de nosotros tendríamos el honor de morir al servicio de nuestros soberanos, estúpido arrogante.

Miré a mi alrededor y entre mis compañeros había una mezcla de sentimientos muy distintos. Algunos parecían orgullosos y halagados, mientras que otros se mostraban indiferentes tras recibir la noticia. Yo solo sentí miedo. Pero no sentía miedo por mí, sino por los míos.

Los reinos aliados eran tres: el de Calder, que era el reino de los guerreros; el de Colby, en el que se encontraban las minas y desde el cual el rey Erling se encargaba de administrar y proteger las riquezas de los reinos, y finalmente el de Tara, que, aunque era el más pequeño de los tres, también era el más importante. En este último se encontraba la reina Solveig, cuyo reino custodiaba la entrada portuaria más grande del continente y era la vía directa de los navíos que comerciaban con el continente vecino.

—Quiero que cada manada comience a prepararse para el viaje junto con su líder o lita. Nos desplazaremos hasta el reino de Colby y de allí viajaremos hacia Tara.

Aquellas fueron las últimas palabras que escuchamos de nuestro temible soberano.

—Muchos de vosotros conocéis el camino y sus peligros y venturas. Os recomiendo que durante el día de hoy lo dejéis todo listo para que esta noche celebremos nuestra nueva cruzada. Saldremos pronto —anunció Gulbrand.

Inmediatamente después, el consejo de einars, Egil y los suyos se adentraron en la casa mayor de la aldea y estuvieron reunidos todo el día. Los murmullos iban en aumento y la cara de miedo de los pueriles era más y más evidente. Su primera cruzada, sin saqueos ni ensayos previos, ni siquiera una manada a la que pertenecer.

—¿Esperamos a Hertha? —preguntó Birger.

Era, sin duda, su favorito; nunca lo admitiría, pero se notaba. Incluso los rumores afirmaban que era su madre, la de verdad. Birger vestía un chaquetón oscuro y botas limpias, con su espada sujeta a la cintura y el puñal en el lado opuesto. Por fin se había cortado el pelo y, desde que le comenzó a crecer una buena barba, no se había afeitado. Ya empezaba a parecer un hombre rudo, de casi dos metros de altura, pero siempre con un rostro humilde. En batalla era otra cosa: se convertía en uno de los guerreros más mortales, pues era de los pocos que se tomaba las misiones como lo que eran, una orden, y nunca dejaba que le nublaran el juicio.

—Creo que le va a llevar tiempo. Vamos a prepararnos —propuse.

Yo tenía la mirada perdida. Actuar por inercia era mi modo de superar las cruzadas. Cuando me concentraba en una misión, no podía mostrar compasión por nadie: mi mente se quedaba en

blanco y solo podía pensar «O los enemigos o yo». A veces tenía la sensación de que me desvanecía con el polvo y, cuando despertaba de la pesadilla en la que me sumergía, veía el resultado y el horror que dejábamos a nuestro paso. Pero tan solo cogía aire y contaba hasta cuatro: uno, Endre; dos, Asta; tres, Birger, y cuatro, Brenna. No necesitaba nada más.

—¿Qué crees que está pasando? ¿Una reunión de los tres reinos?

—me preguntó Brenna. Odiaba los secretos, y más si creía que se trataba de una batalla próxima.

—¿Reunirán a todos los asentamientos de einars? —Asta tenía un interés especial en la última manada anodina que había enviado a proteger las minas de Colby. En ella estaba su compañero especial, y hacía mucho que no se veían.

—Si vamos primero a Colby, quizá tengas la oportunidad de ver a Roscoe.

La verdad es que cuando Asta estaba con él, su humor cambiaba y no era tan insoportable. Realmente me alegraría verla feliz; al fin y al cabo, era como mi hermana, y por allí había pocas ocasiones en las que experimentar la felicidad.

—No voy a hacerme ilusiones, pero no negaré que me encantaría.

—Su expresión mudó y pareció entristecerse. Aunque no lo dijera, hacía más de dos años ya que lo habían destinado a ese reino y cabía la posibilidad de que no siguiese allí. Las minas recibían ataques diarios, pues eran el flanco principal de los saqueadores.

Nos dirigimos a los barracones y empezamos a recoger los macutos y a afilar las armas. Durante nuestras puestas a punto no solíamos hablar, pero esta vez era diferente. Ignorábamos cuál iba a ser nuestro objetivo; ni tan solo conocíamos el destino de

nuestra próxima misión y, al no saberlo, prepararnos nos llevó todo el día.

Cuando estábamos listos para una misión, mi manada y yo nos reuníamos a las afueras de la aldea y hacíamos nuestro propio ritual. Hertha, a pesar de lo ocupada que había estado aquel día, ya nos esperaba con la hoguera encendida.

—Bienvenidos. Id a vuestros puestos y arrodillaos.

Dejamos las armas alrededor de la hoguera y ninguno de nosotros se atrevió a preguntarle a nuestra lita sobre lo que había sucedido en la reunión. Hertha inició su discurso:

—Fuerzas de la tierra, del agua, del aire y del fuego; fuerzas de la noche y del día. Escuchad. Proteged a mis cachorros, proteged a mi manada. Aceptad esta ofrenda de sangre.

Hertha sacó uno de sus puñales, se cortó la palma de la mano y dejó gotear la sangre en la hoguera. Se manchó los dedos de la otra mano y se dispuso a marcarnos la frente con el símbolo de protección de los escuderos. Fue uno por uno y nos dio a todos el mismo puñal, que debíamos usar para repetir su gesto. Nos cortamos la mano izquierda y nos colocamos todos de pie junto a las llamas. Entonces extendimos la mano, apretamos el puño y dejamos que la sangre chorreara hasta el fuego.

—¡Por y para la guerra! ¡Por y para nuestra manada!

Era nuestro lema ritual. Con aquellas palabras jurábamos luchar hasta vencer o morir. En mi caso, la única parte del discurso a la que le encontraba sentido era cuando todos coreábamos «Por y para nuestra manada». Por y para los míos, porque ellos eran mi razón para sobrevivir.